

con acento

## La amnistía de Genovés

Norberto Alcover

Cada cual es habitante de su propio territorio. Esa zona en que nadie más puede estar o intervenir. Pero en el caso de que la vida te recluya en un brevísimo territorio de escasos metros cuadrados, entonces cuanto coloques en ese ámbito adquiere la cualidad de mito personal, de recuerdo vivido, de necesidad apremiante. Miras ese conjunto de pequeños detalles en los que se encuentra tu propia existencia como algo inalienable, pues al desprenderte de tales detalles perderías zonas interiores de tu ser y de tu sentir. El conjunto que adorna el propio territorio es una especie de caja fuerte, que uno guarda primorosamente de cualquier posible ladrón. Y es que, en una sociedad tan postmoderna, a la que te descuidas te roban la propia vida con la mejor de las intenciones. Quizá para colocarla en algún museo. Y que no moleste más.

Pues hace pocos días, cambiaba los objetos / detalles de lugar en una remodelación coyuntural. Y de pronto, me encontré ante un anciano póster de *La Amnistía*, de Genovés. Ese texto emocionado donde se encierra tanto dolor pasado y tanta esperanza futura, nada menos que en el casi perdido 1977, cuando los

presos políticos dejaron sus cárceles para experimentar el aire de la libertad en la todavía jovencísima democracia postfranquista. Aquel año fue premio de la revista RESEÑA, y el mismo Genovés recogería el galardón junto a representantes de quienes estaban figurados en el póster. Recuerdo aquel momento con ilusión, con la ilusión de unos momentos en que la libertad constituía todavía un horizonte perdido y la gente española gritaba en las calles españolas que exigía reconocimiento para los vencidos y mandados a las tinieblas interiores y exteriores por mor de un militar prepotente y mandón. Menudos tiempos, cuando ser lo que se debía ser era muy superior a tener lo que se quería tener, en su sueño febril tantos años amagado...

Pero escrito todo esto porque lo de la memoria histórica se nos ha venido abajo estrepitosamente. Por ejemplo, nos aceleramos cuando se habla de huelga general, como si los trabajadores españoles no hubieran sido los más agredidos monetariamente en estos años de disparado bienestar económico: no en vano también hemos enviado al baúl de los malditos recuerdos el

ideal de igualdad, hasta en los mejores ambientes socialistas, porque la igualdad es peligrosa y además imposible cuando se prioriza la excelencia de los mejores, que suelen ser los mejores situados al comienzo de la carrera. Y seguimos acelerándonos al hablar de los *chicos de Rusia*, como si su tremenda aventura ya no tuviera que ver con nosotros y lo mejor que pudieran hacer es quedarse allí de una vez por todas y dejar de incordiar. Y ya nos ponemos de los nervios cuando algún desaprensivo publica un texto sobre las víctimas del franquismo desde 1939 a 1945, años de la gran represión oculta, ante la cual hemos decidido volver la cabeza porque sabíamos que existía y nunca hemos querido reconocerlo. Una España que se recupera al contemplar el póster de Genovés porque lo cambias de lugar en el propio territorio, como si adquiriera de pronto un valor superior. La España *políticamente incorrecta*, de la que en lugar alguno se habla de los jóvenes, que no deben enterarse de aquel pecado fratricida y sus consecuencias. Como tampoco ahora de la maldita huelga general, cuando todo funciona tan bien, tan bien.

Pero además, ¿quién se acuerda ya del campo de refugiados de Yedín, convertido en una especie de Zona 0/2, una tierra venida en desierto completamente calvo y rasurado

por los tanques de Sharon, ese campeón del dinero norteamericano? Se ha viajado a la Zona 0/1, la de Nueva York, pero nadie que yo sepa se ha molestado en presentarse en Yedín para convocar a los dioses de las diferentes religiones en un ceremonial de penitencia. Solamente algún voluntario laico, algún cristiano perdido, y ese Arafat medio zumbado por la vida y por su cárcel de Ramala, humillado hasta el extremo. Menuda memoria la nuestra. Memoria histórica que olvida inmediatamente porque molesta hacerse presente nuestro propio silencio de hace pocos días y en nuestras propias lenguas. Los palestinos son gente sucia, un tanto impresentable, suicidas rodeados de cinturones de metralla, apenas dignos de conmiseración. Mejor olvidarnos cuanto antes, no sea que un tal Bin Laden se los haga presente y comience de nuevo a organizar el espectáculo de las Torres Gemelas en otro lugar. Pasemos página del maldito Yedín, de su calva blanca, de sus asesinatos.

Ahí queda *La Amnistía*, en el territorio propio pero en sitio de mayor privilegio. Puede que el habitante de ese territorio, a menudo también desmemoriado, lo mire y se arrepienta. De olvidar a los olvidados y de asesinar a los asesinos. Ya ven. ■